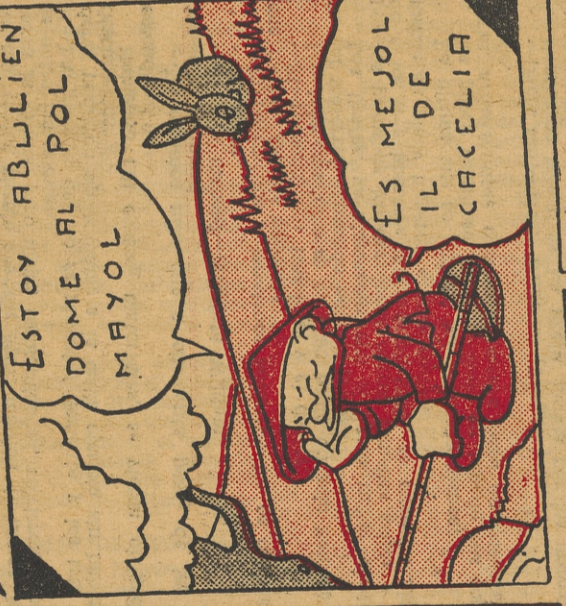


Reveses de Fu-Fu-Fu-Fu



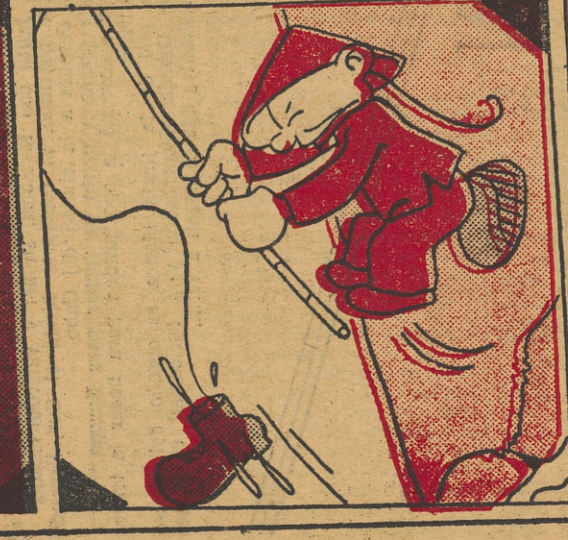
VETE AL RÍO A PESCAR ALGO, QUE HOY NO ENCUENTRO PESCADO PARA LA COMIDA ¿ SABES ?

SI TIITA

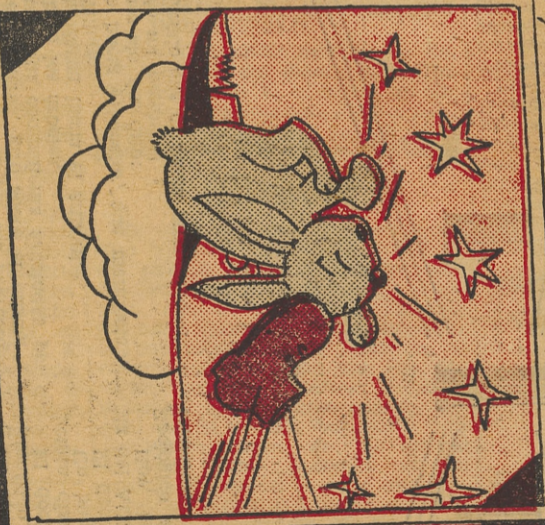


ESTOY ABULIEN DOME AL POL MAYOL

ES MEJOL IL DE CACELIA



LA BOTA QUE PESCA FU-CHI-NIN, FUE A CAER SOBRE LA CABEZA DEL TRANQUIL LO CONEJO

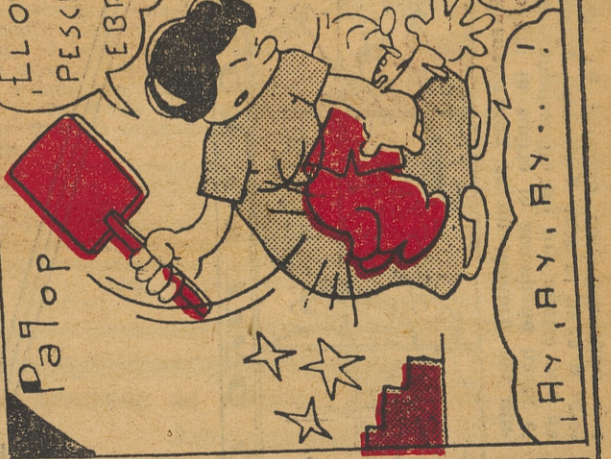


¡ALAMBA! ¡ SI QUE LA HE ACELTADO! YA NO VOY A CALA CON LAI MANOL VACIAL,



¡LO OTRO DIA, PESCADO POR LI EBRE, Y HOY AL REVES!

¿ CREES QUE ME TOMAS EL PELO ? TU DE MI NO TE RIES! ¡ TOMA, TOMA TOMA !



¡ AY, AY, AY... !



----Oye, «Peque»; si te doy diez pesetas el martes, treinta el miércoles y quince el jueves ¿qué tendrás el sábado?

----Pues... un balón.

(Remitido por Antonio Sastre Barrios, de Valencia.)

Colaboración INFANTIL



CHISTES

EN «PEQUE» EN CLASE

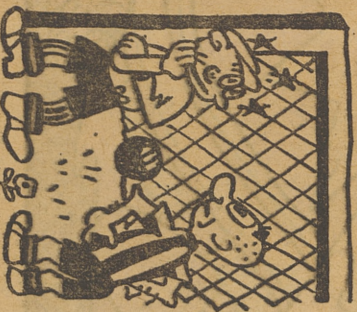
Profesor.—Vamos a ver «Peque». ¿De qué están hechos esos pantalones que lleva puestos?
«Peque».—Pues de...
Profesor.—No se sofocues y dílo de una vez.
«Peque».—Pues de unos viejos de mi padre.
Carmencita Martínez.—10 años Ute!

EXPLICACION

Papá, qué árboles son esos del jardín?
—¿Y para qué sirven los chopos, Papá?
—Pues mira; se hacen tablas...
—¿Y con las tablas?
—Con las tablas del chopo... sabes que se hacen... pues...
J. Harris.— 14 años La Coruña

LOS NIÑOS

Ramoncito está enfermo y el médico le receta aceite de ricino.
—¿Qué malo está este!—exclama el muchacho rechazándolo.
—Mira—le dice su padre—ya verás cómo yo lo pruebo.
—No, papá, no lo pruebes. ¡Bébetelo todo!

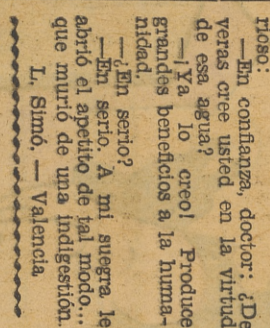


—Pero, hombre, ¿qué te pasa? ¡Te han medido ya 13 go-
ses!
—Es que tengo un dolor de nuca que no puedo parar...
Francisco Gimés Pardo
14 años, Valencia.

JOSE CLOQUELL (Valencia).—Muy bien, pequeño. Este retrato de Juan Ramón te lo publicaré en el Album de Honor. ¿Estás contento? Mándame tu fotografía.
VICENTE FERRER RIVERA (Cabañal).—Me has mandado un dragón demasiado grande. Aprovecharé una de las figuras que están jugando al fútbol.
CONCHIN LIOPIS (Valencia).—Dentro de muy poco verás publicado tu dibujo. Mándame tu fotografía para el Album de Honor.
L. IRANZO (Valencia).—Tu dibujo titulado «El patio de María», es muy gracioso. Mándame tu fotografía, y dime cuál es tu nombre, porque por la inicial no sé siquiera si eres niño o niña.
PEPITA ALBINANA (Valencia).—Claro que me gusta que seamos amigos. Lo que siento es que tu dibujo ha llegado tarde, pues cuando le ha llegado el turno de abrir tu sobre, ya había pasado la «mona», y lo siento, porque tiene muchísima gracia.

VICENTE PALAU (Valencia).—Puedes mandar la historietita que dices, igual que mandas los dibujos; esto es, papel blanco, tinta china, negra, nombre, apellidos, domicilio y edad. En cuanto al tamaño, al que tú quieras, con tal de que no sea muy grande.
FERNANDO SENDRA (Valencia).—Te publicaré un dibujo de los que me mandas. El que mandaste hace algún tiempo, no puedo acordarme por qué no se publicaría.
JOSE Y CARLITOS CASA-NOVA (Valencia).—Mandad los dibujos un poco más grandes.
PEPITA BENAVENT TOMAS (GRAO).—Para otra vez mandad dibujos sin calcar de ningún sitio y en tinta china negra.
MANUEL MARTINEZ CATA-LAN (Valencia).—Tu dibujo está hecho con tinta azul y no me sirve.

UN EXCESO DE ERICACIA
Un médico habla de las excelencias de cierta agua mineral.
Y un cliente indaga curioso:
—En confianza, doctor: ¿De veras cree usted en la virtud de esa agua?
—¡Ya, lo creo! Produce grandes beneficios a la humanidad.
—¿En serio?
—En serio. A mi suegra le abrió el apetito de tal modo... que murió de una indigestión.
L. Simó.— Valencia



—¿Qué has hecho esta mañana en la escuela?
—Aprendí las vocales.
—¿Y después?
—Después... las olvidé.
Antonio Belver
12 años, Valencia.

COLMOS

¿Cuál es el colmo de un rey?
Mandar a la guerra un batallón de mosquitos.
¿Cuál es el colmo de un cazador?
Cazar moscas.
¿Cuál es el colmo de un pescador?
Pescar un constipado.
¿Cuál es el colmo del «k» que?
Hacerle trenzas y tirabuzones.
Pepita Albinana.— 11 años, Valencia

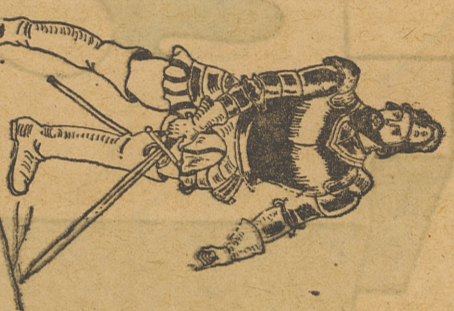
¿Cuál es el colmo de un coñoso?
Poseer un coñado en Ba-tocooim.
¿Cuál es el colmo de un al-pinista?
Escalar el Monte de Piedras.
Antonio Soler Cerdá.
Valencia

¿Cuál es el colmo de un comprador de aves?
Ir al cine y en vez de traer butaca, traer al galinero.
Julio Tebar.— 14 años

¿Cuál es el colmo de un judío?
Comerse las judías.
Enrique Queral.— 13 años Valencia

¿Cuál es el colmo de un agricultor?
Encontrar las subsistencias por las nubes.
Conchín Liopis.— 10 años Valencia

CASITA DE CAMPO
Carlos Pérez Esteban
10 años, Meliana (Valencia).



Juan Banista Galatari
13 años, Valencia.

EN LA CONSULTA

El doctor M. está en su despacho y va penetrar a un hombre de seis pies de alto y muy grueso; un verdadero Heracles.
—¿Qué es lo que usted siente?—le pregunta.
—¡Que he perdido el apetito!—contesta con voz de trueno el cliente.
—¿Pues pobre del que lo haya encontrado!

LA JIRAFÁ BLANCA

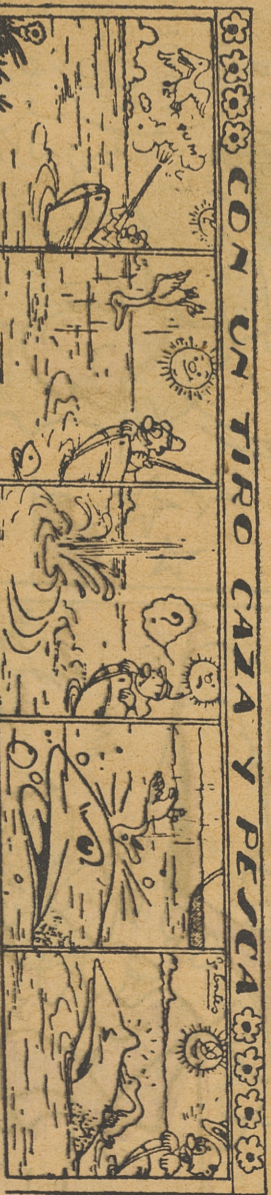
Los matorrales, viendo avanzar aquel montón de ramas, levantaron la cabeza, pero luego, tranquilizados, volvieron a echarse entre las plantas.
La traviesa del río se realizó felizmente y los tres cazadores pudieron aproximarse a la orilla opuesta sin haber sido descubiertos.
Habiendo allí espesos matorrales, se vieron obligados a esconderse.
—No estamos más que a cincuenta pasos de las jirafas—dijo Kambusi.
—¿Ves la blanca?—preguntó William.
—Sí, señor.
—Prepárennos a lanzarnos adelante. No os olvidéis más que de eso. ¿Estáis prontos?
—Sí—respondieron Kambusi y el doctor.
Los tres cazadores se echaron como un solo hombre fuera del matorral, lanzando agudas gritos.
Las jirafas, ya alarmadas con el ligero rumor producido por los pasos de los cazadores, oyeron aquellos gritos y vieron de a los tres hombres lanzarse adelante, se pusieron rígida mente en pie y huyeron a todo correr.
La última que se levantó fue la jirafa blanca.
La pobre bestia se había lanzado en pos de sus compañeros, arrastrándose desespesadamente para no quedarse rezagada.

—¡Heja ahí!—gritó William.—¡Fuego!
Resonaron tres tiros. La jirafa, herida por los proyectiles, se encorrió sobre las patas traseras, giró sobre sí misma, cayó luego exánime, mientras sus compañeras asustadas por los disparos, desaparecían bajo los árboles.
Los tres cazadores se lanzaron hacia el animal.
—¡Muerla!—exclamó William.
En seguida, volviéndose hacia el doctor, que manifestaba su alegría con exclamaciones sin fin, dijo:
—¡Doctor, he mantenido mi promesa!
—Y habéis ganado el premio que os había prometido—res-

pondió el sabio.—Mi querido amigo, os quedo agradecidísimo por haberme procurado este espléndido animal, el único en su especie.

Pocas horas después, los tres cazadores regresaban al campamento, llevando consigo la piel de la jirafa blanca.
No teniendo ya nada que hacer en aquellas regiones, puesto que habían conseguido su objeto, después de un descanso, bien merecido, de treinta horas, poníanse en marcha para regresar a la colonia del Cabo.
La traviesa de aquel territorio casi desierto, fue realizada felizmente sin haber encontrado ni tribus hostiles ni animales peligrosos.
Veintidós días después la caravana llegaba a orillas del río Orange, el gran río africano que servía de frontera entre la colonia del Cabo y la tierra de las Grandes Namaguas.
Allí se separaron William y el doctor.
El cazador, que había cobrado ya el premio, bastante apetible, no quería abandonar aquellos territorios de caza.
—Esta es mi patria—dijo al doctor, indicándole los bosques del Norte.—No podría ya adaptarme a la vida calmosa y tranquila de las ciudades europeas.
—¿No volveréis, pues, nunca a Alemania?—preguntó el doctor.
—¡Tal vez algún día—respondió William, sonriendo. Le estrechó la mano, y emprendió la marcha hacia el campamento, junto con Kambusi, su fiel y valeroso criado.
El doctor continuó, al contrario, hacia el Sur, llegando veinte días después a la ciudad del Cabo.
Un buque estaba a punto de zarpar para Europa.
El doctor aprovechó la oportunidad para hacer la travesía del Atlántico.
Hoy, la piel de la jirafa blanca es orgullo del Museo Zoológico de Dresde, despertando viva curiosidad entre los numerosos visitantes que se llegan a verla.

F I N



CON UN TIRO CAZA Y PESCA
Don Sebastián Buenafortuna es un hombre con mucha suerte. El otro día la suerte le acompañó hasta el río donde fue a cazar ánades. De un tiro abatió uno de los deseados animales y éste fue a caer al agua a unos metros de distancia. Ya pensaba don Sebastián que

aquella vez la suerte no estaba con él, cuando vio, con asombro, que salía a la superficie un enorme delphin, al que el ánade había dejado sin sentido al chocar bajo el agua contra él. Y don Sebastián cazó dos animales de un solo tiro.

¡REVOLTILLO!



¡NO HACERLE DAÑO!



Jugando, Pascualín ha metido la cabeza en un puchero y no puede sacarla. En vano se esfuerza su atribulada madre en librarlo a su pequeño de aquella asfixiante escafandra; ni puede conseguirlo.



ella, ni tampoco la vecina, que aúde a sus angustiosos gritos. Afortunadamente está allí Toribio que sabe el modo. —No tiréis así, que lastimaréis al chico! —dice—. Hay un procedimiento muy sencillo. Se coge un mazo... Se da un golpe en el puchero... Así... ¿Véis? Y el puchero cae a pedazos, quedando el chico libre del apuro. ¿Os habéis convencido de lo sencillo que era esto?

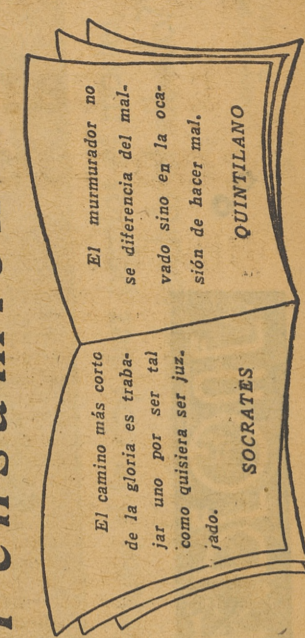
Se da un golpe en el puchero... Así... ¿Véis? Y el puchero cae a pedazos, quedando el chico libre del apuro. ¿Os habéis convencido de lo sencillo que era esto?

Una pequeña modificación

Pérez entra en una sastrería de ropas hechas y se prueba unos cuantos trajes. Cuando ya ha encontrado uno de su gusto y que le cae algo mejor que los probados anteriormente, se vuelve al sastrero y le pregunta: —Dígame, maestro: ¿pueden ustedes hacer una pequeña modificación? —¡Oh! desde luego, desde luego, señor! —exclama observando el sastrero—. Todas las que usted crea necesarias, no faltaba más. —Bien —dice Pérez; —pues entonces, ¿quiere usted hacerme el traje y en vez de este que marca quinientas pesetas ponerle al traje otro de trescientas?

Lenguaje infantil

Un niño de cuatro años, al volver del colegio le dice a su padre: —Papá: he visto en la calle a un niño que llevaba una media si y otra no. En esta pierdona llevaba la media si y en esta otra la media no.



El camino más corto de la gloria es trabajar uno por ser tal como quisiera ser juzgado.

El murmurador no se diferencia del malvado sino en la ocasión de hacer mal.

SOCRATES
QUINTILANO

Curiosidades

Un capricho

Un buen señor muy caprichoso, que presunía de hacer siempre cuanto se le antojaba, fue a comer a un hotel, donde le sacaron el pan tierno, como era natural. —¡Mozo, mozo! —gritó—. Tráeme pan duro, que es como más me gusta. —¡No lo hay, señor! —¡Que no lo hay...? Pues que lo hagan en seguida; yo me esperaré.

El vuelo de la golondrina

En nuestro afán por saberlo todo, no dejamos en paz ni aun a los pájaros. ¿Que necesidad tendremos de saber lo que vuela una golondrina, y para qué molestaremos su existencia? Sin embargo, debe ser útilísimo este conocimiento, puesto que se persigue, con asiduidad, desde hace algún tiempo, por hombres de ciencia y por aficionados. Uno de éstos —cuyo nombre sentimos desconocer— se ha apoderado recientemente de una golondrina, se la ha llevado consigo a larga distancia y la ha soltado después para que buscara su nido, poniéndole una señal a fin de conocerla. De su experimento ha resultado que la golondrina recorrió 285 kilómetros en una hora y sesenta minutos; es decir, 207 por hora... ¡Pobrecilla!

Una finura

Gedeón, que es, entre otras cosas, un hombre finísimo, escribía a un señor de cuerosas tardes de primavera... Y le puso al principio de la carta: «Dispénsame usted si me he tomado la libertad de escribirle en mangas de camisa»

Pensamientos

El camino más corto de la gloria es trabajar uno por ser tal como quisiera ser juzgado.

El murmurador no se diferencia del malvado sino en la ocasión de hacer mal.

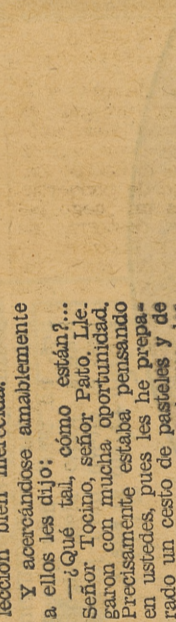
SOCRATES
QUINTILANO

Un retrato

Un paleta de los que vinieron a Madrid por San Isidro entró en una fotografía con intención de retratarse. —¿Cómo quiere usted el retrato? —De busto, de medio cuerpo o de cuerpo entero? —¡Mire usted, hágamele de busto, pero que se me vean las alpargatas.

Donna Ciocó, al verlos asomados a la ventana, puso un gesto de agradable sorpresa, pero al el fondo de su corazón arrebata la idea de darle una lección bien merecida. Y acercándose amablemente a ellos les dijo: —¿Qué tal, cómo están?... Señor Tocino, señor Pato. Llevaron con mucha oportunidad. Precisamente estaba pensando en ustedes, pues les he preparado un cesto de pasteles y de golosinas, porque sé que les gustan mucho. Claro, en pago a sus muchas atenciones. —Vámonos, no lo diga. Ya sabe que siempre estamos a su disposición para ayudarla en todo y por todo. —Muchas gracias. Tomen, tomen, lívense esto. Ya me devolverán el cesto. —No hay de qué... Y de una manera atropellada se dispusieron a marcharse, ávidos de gula, para lanzarse sobre los pasteles. Pero ¡oh! no sería su sorpresa al quitar la servilleta que cubría al cesto y ver que en su interior sólo había un enorme hueso.

Una vez repuestos de la sorpresa, se marcharon cada uno por su lado, con el rabo entre piernas como vulgarmente se dice, con el propósito de tomarse muy a pecho la sabia lección que les había dado la laboriosa y estorzada gallina Donna Ciocó.



Como no tenía bastante dinero para extraerse una mueca, Trapisonda se fué al campo y se la extrajo él mismo, por medio de un tiro rápido.

LA GALLINITA SABIA

Al cabo de unos meses, una vez efectuada la recolección, no sólo tenía su granero rebosante de maíz, sino que había dedicado buena parte para hacer harina y de ella, junto con la miel, los más ricos pasteles para requisitos a los buenos bocados que echaban los pequeños polluelos. Un día, al tentador perfume de los pasteles y de golosinas, el señor Tocino y el señor Pato, que dicho sea de paso, eran los mejores más soberanos que hacía la casa de Donna Ciocó. Era casualmente el momento en que estaban comiendo y los positivos sabrosos llegaban a la mesa. Donna Ciocó, al verlos asomados a la ventana, puso un gesto de agradable sorpresa, pero al el fondo de su corazón arrebata la idea de darle una lección bien merecida. Y acercándose amablemente a ellos les dijo: —¿Qué tal, cómo están?... Señor Tocino, señor Pato. Llevaron con mucha oportunidad. Precisamente estaba pensando en ustedes, pues les he preparado un cesto de pasteles y de golosinas, porque sé que les gustan mucho. Claro, en pago a sus muchas atenciones. —Vámonos, no lo diga. Ya sabe que siempre estamos a su disposición para ayudarla en todo y por todo. —Muchas gracias. Tomen, tomen, lívense esto. Ya me devolverán el cesto. —No hay de qué... Y de una manera atropellada se dispusieron a marcharse, ávidos de gula, para lanzarse sobre los pasteles. Pero ¡oh! no sería su sorpresa al quitar la servilleta que cubría al cesto y ver que en su interior sólo había un enorme hueso.

Una vez repuestos de la sorpresa, se marcharon cada uno por su lado, con el rabo entre piernas como vulgarmente se dice, con el propósito de tomarse muy a pecho la sabia lección que les había dado la laboriosa y estorzada gallina Donna Ciocó.

Una vez repuestos de la sorpresa, se marcharon cada uno por su lado, con el rabo entre piernas como vulgarmente se dice, con el propósito de tomarse muy a pecho la sabia lección que les había dado la laboriosa y estorzada gallina Donna Ciocó.



LABERINTO

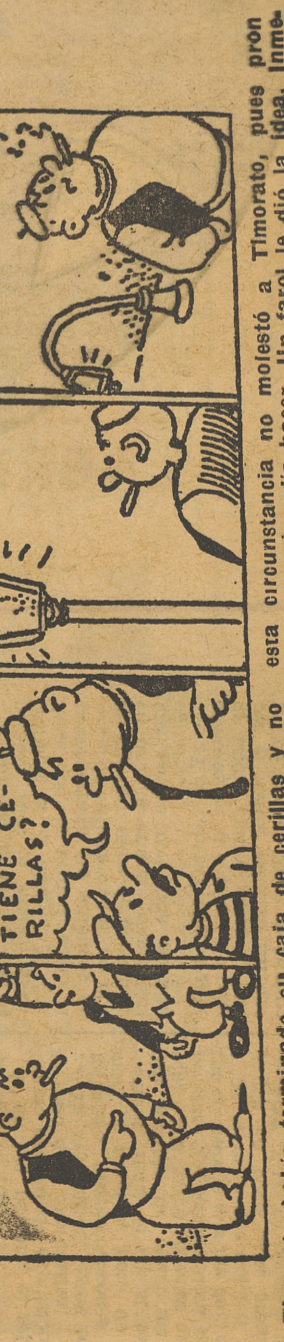
¿Qué camino deberá seguir el bebedor para apurar su doble cerveza?

Timorato había terminado su caja de cerillas y no tenía más remedio que pedir a cualquier transeúnte. Pero dió la casualidad de que ninguna de las personas que tropezaron con él llevaba cerillas. Sin embargo,

esta circunstancia no molestó a Timorato, pues pronto supo qué podía hacer. Un farol le dió la idea. Inmediatamente dobló un farol y en él encendió su cigarro. Qualquiera, en su caso, hubiese hecho lo mismo.

Timorato había terminado su caja de cerillas y no tenía más remedio que pedir a cualquier transeúnte. Pero dió la casualidad de que ninguna de las personas que tropezaron con él llevaba cerillas. Sin embargo,

UNA HOMBRE DE RECURSOS



Timorato había terminado su caja de cerillas y no tenía más remedio que pedir a cualquier transeúnte. Pero dió la casualidad de que ninguna de las personas que tropezaron con él llevaba cerillas. Sin embargo,

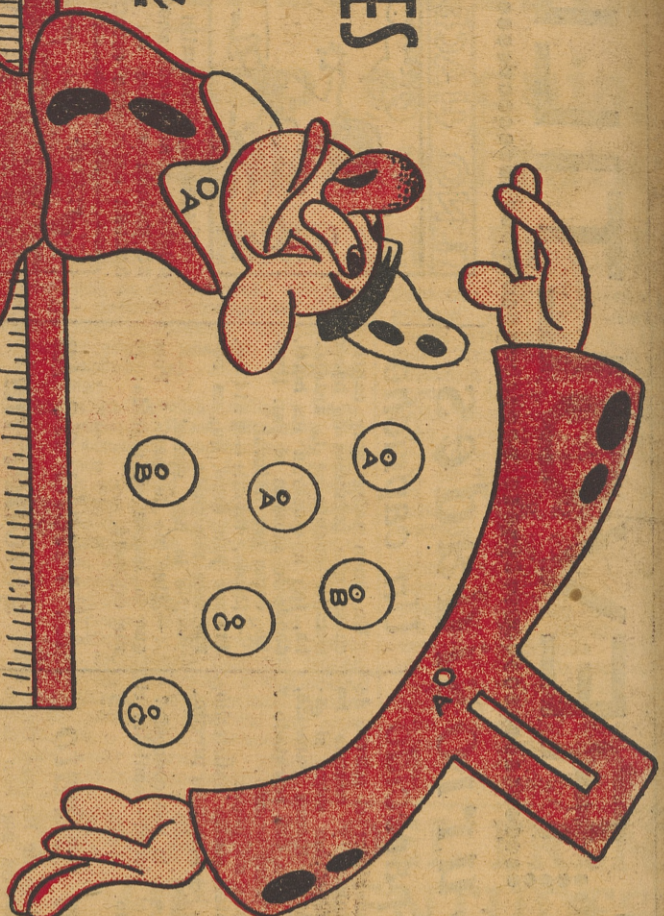


JUGUETES

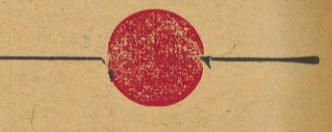
RECORRIABLES

DE

Jornada



El CLOWN MALABRISTA



La gallinita sabia

Doña Clocó era una gallina muy mansosa y trabajadora, pero apenas podía con sus ventriculo pollicares recién nacidos, cuyo espectáculo cuidaba de un enorme quehacer.

No sólo era el problema del cuidado y de la higiene, sino

el de la mantención, pues los pequeños pollos hacían gala de un apetito devorador, y la pobre gallina pasaba mil espaldas para aplacar el hambre de tantas bocas.

En esto vió que sus propietarios metían de una manera considerable y no le quedaba otro recurso que ingeniársela para encontrar comida.

—¡Ay de mí!—decía la pobre Clocó—. ¿Cómo lo voy a hacer para que mis pequeños no se mueran de hambre?

Entonces se acordó que tenía un patio, amigo suyo, que había de baquetear en el río, al cual venía a veces a sacado de apuro.

Después volvió a su memoria la granja que había de reservarle el patio, pues muchas veces lo había sacado de los más hondos apuros, y la verdad, si ahora le pedía una ligera ayuda, sería muy mejor que si se negaba.

Y arreglándose un poco, cogió a sus pequeños y se dispuso a ir a visitar al palmipeo.

INSTRUCCIONES

Péguese todas las piezas en un cartón delgado y recórtense cuidadosamente no olvidando vaciar la ranura indicada en la pieza de los brazos. Tómese un alfiler y clavése en el centro de uno de los circuitos pequeños marcado con la letra C, y en el alfiler por la ranura antes citada, y clavándolo en el otro circuito B, el punto del disco grande marcado con la misma letra, reméchese para que no se salga.

Hecho esto, únase con otro alfiler los puntos marcados con la letra B en el disco y en la pieza grande, cuidando de ensartar entre las dos piezas los circuitos marcados con la letra B. Fíjese, igualmente, la pieza de los brazos al cuerpo por los puntos A, y una vez remachadas convenientemente todas las uniones, no tendrá más que girar el disco, y si lo habéis hecho bien, siguiendo estas instrucciones, el clown hará juegos malabares sin caerle ningún chicle al suelo.

—¡Quién siempre su maíz...! Si alguien no le ayuda, no podrá comer maíz.

De esta manera, iba cantando la gallina mientras se encaminaba hacia la casa del patio, situada junto al río.

Al verla llegar el patio salió presuroso a ofrecerle asientos y comarcarla de mil atenciones.

—¿Qué tal? ¿Cómo está, Doña Clocó? Siéntese. Estará muy cansada, ¿verdad? Está tan mal emperrado el camino, todos los vecinos de aquí hacen muchos años que nos quejamos, pero nadie lo arregla. ¿Qué tal están los pequeños?

—Muy bien—repuso Clocó muy animada por la cordial acogida de que era objeto—. Todos con una salud a prueba y un apetito devorador. Y a propósito—contando ella en flocándole directamente el asunto—Se me están agotando las provisiones y antes de que me quede sin un grano de maíz...

—Naturalmente, si ahora es el tiempo dejar. ¡Qué sol!... ¡Qué luz!... Da gusto trabajar con un tiempo así—dijo el patio.

—Por eso he pensado, qué más mi amigo el patio, que le sobra tiempo, pudiera ayudarme un poco.

—¿Quién, yo?—dijo después de reposarse del sobresalto—. Yo... no puedo, Doña Clocó. Usted sabe en el estado en que me encuentro. Míre usted la lengua como la tengo.

Y entendiendo la acción con la palabra, sacó la lengua, mostrándole a la asombrada gallina, que, la verdad, como la pobre señora no entendía de nada de enfermedades, no pudo apreciar nada de particular en aquella enorme «sinhuera» que sacaba con toda su alta de patio.

—¿Y la cabeza? ¿Usted sabe cómo tengo la cabeza? No puedo andar cuatro pasos sin caer el mejor estriero sin que me dé vuelcos como un trompo y venga que apoyarme, si no fuera de narices en el suelo.

—¡Vamos! No lo diga, que por su aspecto sano y juvenil, no aparenta mucho más.

—En fin, me es igual—contestó la gallina, entocando rápidamente el asunto para ganar tiempo—. He venido, señor Tochino, para ver si usted sería tan amable de prestarme un favor.

Al oír esa palabra, el señor Tochino cambió de expresión y se puso a la expectativa, mirando a la gallina con ojos curiosos, que él mismo no podía explicar.

—¿Y usted? ¿Usted sabe cómo tengo la cabeza? No puedo andar cuatro pasos sin que me dé vuelcos como un trompo y venga que apoyarme, si no fuera de narices en el suelo.

—¡Vamos! No lo diga, que por su aspecto sano y juvenil, no aparenta mucho más.

—En fin, me es igual—contestó la gallina, entocando rápidamente el asunto para ganar tiempo—. He venido, señor Tochino, para ver si usted sería tan amable de prestarme un favor.

Al oír esa palabra, el señor Tochino cambió de expresión y se puso a la expectativa, mirando a la gallina con ojos curiosos, que él mismo no podía explicar.

—¿Y usted? ¿Usted sabe cómo tengo la cabeza? No puedo andar cuatro pasos sin que me dé vuelcos como un trompo y venga que apoyarme, si no fuera de narices en el suelo.

—¡Vamos! No lo diga, que por su aspecto sano y juvenil, no aparenta mucho más.

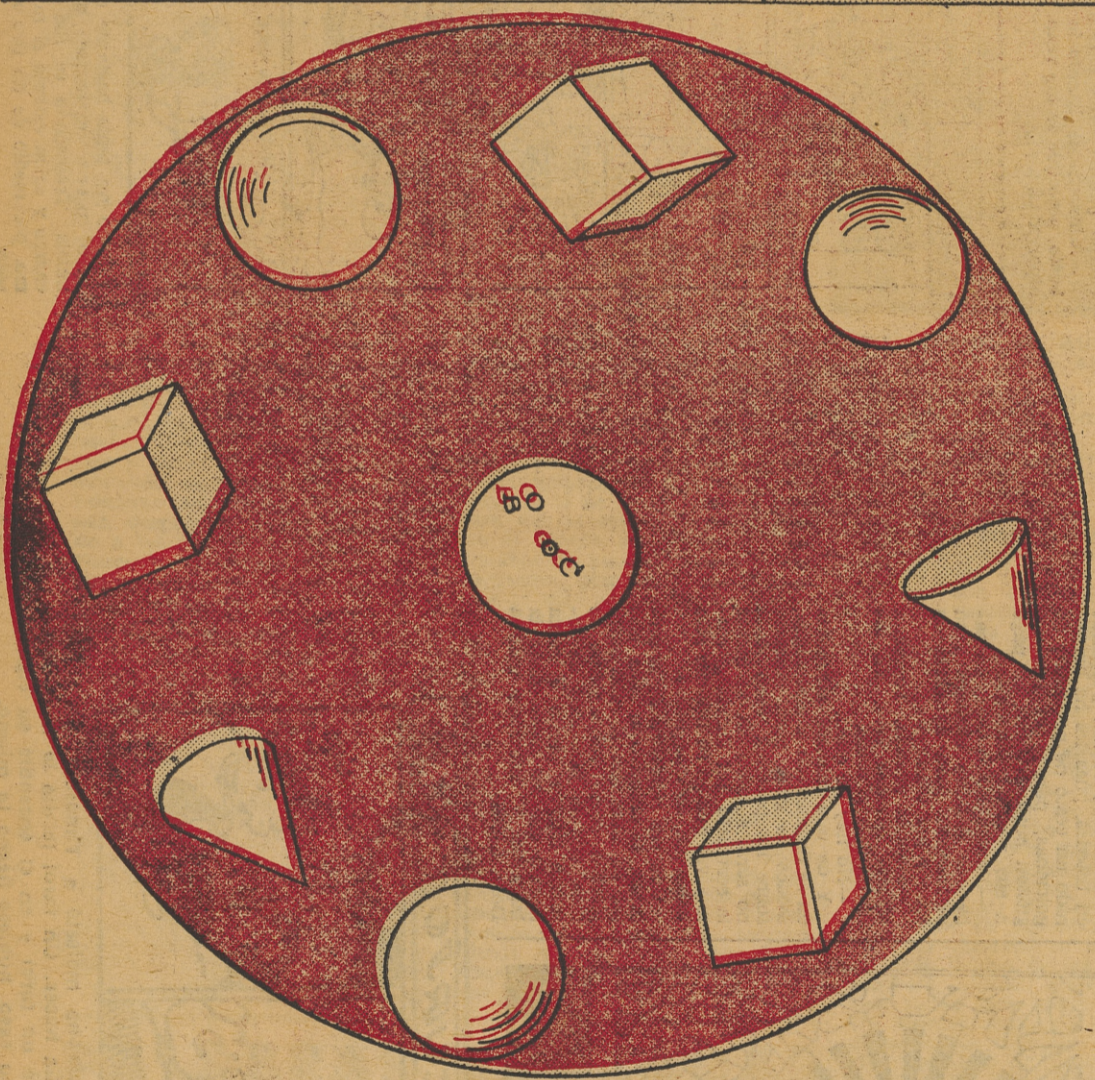
—En fin, me es igual—contestó la gallina, entocando rápidamente el asunto para ganar tiempo—. He venido, señor Tochino, para ver si usted sería tan amable de prestarme un favor.

Al oír esa palabra, el señor Tochino cambió de expresión y se puso a la expectativa, mirando a la gallina con ojos curiosos, que él mismo no podía explicar.

—¿Y usted? ¿Usted sabe cómo tengo la cabeza? No puedo andar cuatro pasos sin que me dé vuelcos como un trompo y venga que apoyarme, si no fuera de narices en el suelo.

—¡Vamos! No lo diga, que por su aspecto sano y juvenil, no aparenta mucho más.

—En fin, me es igual—contestó la gallina, entocando rápidamente el asunto para ganar tiempo—. He venido, señor Tochino, para ver si usted sería tan amable de prestarme un favor.



1947